

Crisis de la fe: ¿cómo puede decir Jesús que ha «descendido del cielo» cuando es conocido en el registro civil como «hijo de José»? Jesús invita a dar un salto de cualidad para que los oyentes puedan descubrir su rostro y encontrarse con Él. El cristianismo es una persona, una presencia, un rostro. Las sorpresas de Dios con frecuencia revuelven nuestros criterios y opiniones. Necesitamos la atracción amorosa e interior de Dios y más confianza en el Señor.

❖ Cfr. Domingo 19 Tiempo Ordinario, Ciclo B, 9 agosto 2009; 1 Reyes 19, 4-8; Efesios 4,30-5,2; Juan 6, 41-51

1 Reyes 19, 4-8: ⁴ Elías caminó por el desierto una jornada de camino, y fue a sentarse bajo una retama. **Se deseó la muerte y dijo:** « ¡Basta ya, Yahveh! ¡Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres! » ⁵ Se acostó y se durmió bajo una retama, pero un ángel le tocó y le dijo: «**Levántate y come.** » ⁶ Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar. ⁷ Volvió segunda vez el ángel de Yahveh, le tocó y le dijo: «**Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti** » ⁸. Se levantó, comió y bebió, y **con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb.**

Juan 6, 41-51: ⁴¹ Los judíos **murmuraban** de él, porque había dicho: « Yo soy el pan que ha bajado del cielo. » ⁴² Y decían: « **¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos?** ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo? » ⁴³ Jesús les respondió: « No murmuréis entre vosotros. ⁴⁴ **«Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae;** y yo le resucitaré el último día. ⁴⁵ Está escrito en los profetas: **Serán todos enseñados por Dios.** Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. ⁴⁶ No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre. ⁴⁷ En verdad, en verdad os digo: **el que cree, tiene vida eterna.** ⁴⁸ **Yo soy el pan de la vida.** ⁴⁹ Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; ⁵⁰ este es el pan que baja del cielo, **para que quien lo coma no muera.** ⁵¹ Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. **Si uno come de este pan, vivirá para siempre;** y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo».

1. ¿Jesús es sólo el hijo de José o también el “pan bajado del cielo”?

Cfr. *Temi di Predicazione – Omelie* 3/2009 (21 giugno-15 agosto), pp. 177-179, Juan 6, 41-51.

❖ « ¿Jesús es sólo el hijo de José o también el “pan bajado del cielo”? ».

o Jesús invita a dar un salto de cualidad en la percepción de la realidad.

• p. 177: Los judíos miraban a Jesús como el hijo de José, que había vivido en medio de ellos, compartiendo con ellos la dureza de la vida de cada día y el trabajo, y también los afectos y amistades. Se limitaban a esto, y no conseguían ir más allá. Jesús, sin embargo, les invita a dar un salto de cualidad. Desea compartir con ellos algo más, una verdad profundamente suya que nadie conoce todavía: su “haber bajado del cielo”. A decir la verdad, lo manifiesta de una manera tal que no lo facilita a quien tenga ganas de escucharlo y de saber más. En efecto, Jesús habla de un Padre misterioso, que sólo conoce Él y con el que tiene una relación totalmente particular. Un Padre que quiere mostrar a los hombres, que quiere darlo a conocer, que quiere revelar. Sólo Él puede hacerlo. Pero hace falta fiarse de Jesús para conocer al Padre.

▪ Es necesario crecer en la confianza en Jesús para abrirnos a sus confidencias.

Es necesario crecer en la confianza en Jesús para que manifieste el rostro del Padre. La escucha y la meditación sobre la Palabra de Dios, así como la oración y la contemplación son ocasiones favorables para conocer cada vez más profundamente a Jesús y para abrirse a sus confidencias. La celebración del domingo puede ser el lugar privilegiado para que eso se realice.

2. La crisis de fe de los contemporáneos de Jesús: una incredulidad que nació del escándalo proveniente de la humanidad de Cristo (Evangelio de hoy), y que se

manifestó en la «murmuración» que era también típica de la incredulidad de Israel en el desierto.

Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Piemme IV edizione settembre 1996, XIX Domenica del tempo Ordinario, pp. 250-253

- ❖ La encarnación se transforma en una pantalla opaca que ofusca los ojos, hace dudar a la mente y «murmurar» a los labios. Para superar este escándalo Jesús responde que es necesario que el corazón se abra a la atracción del Padre, que la conciencia escuche la voz íntima de Dios, que el ser entero del hombre se deje envolver por la gracia.

- **Para superar el escándalo, la duda y la murmuración, es necesario que el corazón se abra a la atracción del Padre, que la conciencia escuche la voz íntima de Dios.**

• **p. 250:** La crisis en la narración evangélica de Juan se expresa, sin embargo, a través de otra imagen, formulada con la palabra «murmurar» que es la palabra típica de la incredulidad de Israel en el desierto durante la marcha del éxodo. En este caso la incredulidad nace del escándalo proveniente de la humanidad de Cristo: ¿cómo puede decir «descendido del cielo» cuando es conocido en el registro civil como «hijo de José»? La encarnación, expresión transparente del amor de Dios por el hombre, se transforma en una pantalla opaca que ofusca los ojos, hace dudar a la mente y «murmurar» a los labios. Para superar este escándalo Jesús responde que es necesario que el corazón se abra a la atracción del Padre, que la conciencia escuche la voz íntima de Dios, que el ser entero del hombre se deje envolver por la gracia. A quien vive esta experiencia, que es la experiencia de la fe, se le abre un horizonte extraordinario: «quien cree tiene la vida eterna»

- **Murmurar en el texto bíblico es expresión de la crisis de fe, de la duda, de la desconfianza, de la indiferencia y de la sospecha: no se afronta el riesgo de la fe. La raíz de la murmuración: no se dieron cuenta del origen divino, no captaron el rostro de Jesús en su integridad.**

• **pp. 252-253:** El verbo *murmurar* tiene poco que ver con el sentido que nosotros atribuimos a este término. En efecto, se repite diversas veces precisamente en la narración del maná: «Toda la comunidad murmuró contra Moisés ... El Señor ha escuchado vuestras murmuraciones con las que murmuráis contra él ... » (Éxodo 16,2.7.8). El vocablo se convierte, en el texto bíblico, en expresión de la crisis de fe, de la duda, de la desconfianza. Jesús siente alrededor suyo casi como un muro frío de hostilidad y de escepticismo. Es la actitud del Israel incrédulo del desierto que ahora se renueva.

Y la raíz de esta «murmuración» está en el hecho de que el predicador, Jesús de Nazaret, que sigue ciertamente las reglas de la homilía judía, ha esbozado una extraña figura de sí mismo: «Yo soy el pan bajado del cielo». De este modo había afirmado un secreto y misterioso origen divino, había desvelado una potencia de salvación semejante a la del Dios de Israel, que había hecho surgir de la nada el alimento para su pueblo. Y todo esto contrastaba con su realidad de «hijo de José», de humilde ciudadano de una pobre aldea, de miembro de una modesta familia. El verbo «murmurar» recoge en sí todos los vocablos que se refieren a la incredulidad: apostasía, debilidad, indiferencia, frialdad, desconfianza, crisis, sospecha, mediocridad, duda, etc. Vocablos que se agarran a todo, también a la banalidad, con tal de no comprometerse en un camino arduo y exigente, con tal de no afrontar el riesgo de la fe.

3. Seremos enseñados por Dios (Juan 6, 45)

Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Piemme IV edizione settembre 1996, XIX Domenica del tempo Ordinario, pp.253-254.

❖ Es necesaria la atracción de Dios ¹ para creer.

- **Una atracción amorosa e interior, como la chispa que se enciende cuando nace el amor entre dos personas: en la plenitud de los tiempos el Señor habría puesto la ley en el alma del hombre; la habría escrito en sus corazones**

• **pp. 253-254:** Pero Jesús no nos invita solamente a no «murmurar». Basándose siempre en la Biblia, como hacía el rabino, nos ofrece una ocasión positiva para la reflexión. El texto al que él se refiere es un pasaje, citado libremente, del profeta Isaías: *Y serán todos enseñados por Dios*². También en este caso el verbo es significativo: es el de la lección, pero dada por un Maestro superior a todos los demás, Dios mismo. Inmediatamente son introducidos otros términos «escolásticos»: escuchar y aprender. Pero esta lección tan particular es llevada no según los cánones normales de la explicación externa, de la relación bastante alejada entre discípulo y maestro. En efecto, Jesús usa otro verbo importante, «atraer»: «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae» [cfr. Juan 6, 44]. Se trata de la atracción amorosa e interior; describe esa chispa que se enciende cuando nace el amor entre dos personas. No es por nada que en el profeta Jeremías se leía una frase tierna de Dios con relación a Israel: «Yo te he atraído con dulzura» (31,3).

- **El estupor de la fe: ésta no es un encargo externo, una inscripción oficial, un compromiso forzado, una elección motivada por intereses. Es, en cambio, como la chispa del amor de la que hablábamos antes, encendida por Dios en nuestro corazón. Nos corresponde a nosotros no apagarla con la «murmuración», con la cerrazón del corazón, con el hielo del orgullo y de la superficialidad.**

El mismo profeta había enseñado que en la plenitud de los tiempos el Señor habría «puesto la ley en el alma del hombre»; la habría «escrito en sus corazones» (31,33). Es entonces cuando Jesús ve que ha llegado el momento en que Dios entra en el corazón del hombre y lo conduce a la verdad y a Cristo. Con estas expresiones Jesús celebra el estupor de la fe. Ésta no es un encargo externo, una inscripción oficial, un compromiso forzado, una elección motivada por intereses. Es, en cambio, como la chispa del amor de la que hablábamos antes, encendida por Dios en nuestro corazón. Nos corresponde a nosotros no apagarla con la «murmuración», con la cerrazón del corazón, con el hielo del orgullo y de la superficialidad. Si es verdad que el discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún es un canto a la eucaristía, es también verdad que es la celebración del amor divino y de la fe del hombre.

- **Las sorpresas de Dios con frecuencia revuelven nuestros criterios y opiniones**

• **p. 254:** Esta fe que ha brotado en nosotros no es como una fría perla que hemos de custodiar, es como una semilla que nos introduce en la eternidad. No es una presencia tranquila y descontada, es un acoger las grandes sorpresas de Dios que frecuentemente revuelven nuestros criterios y nuestras opiniones, y nos invitan a

¹ [Nota del traductor] Cfr. Raniero Cantalamessa, 2ª Meditación de Cuaresma 2009, a la Curia Romana: (...) "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5). Este amor es el amor con el que Dios nos ama y con el que, contemporáneamente, hace que le amemos a Él y al prójimo: *amor quo Deus nos diligit et quo ipse nos dilectores sui facit* [Tommaso d'Aquino, *Commento alla Letrera ai Romani*, cap. V, lez 1, n. 392]. Es una capacidad nueva de amar.

(...) Existen dos modos según los cuales se puede inducir al hombre a hacer o no determinada cosa: por *constricción* o por *atracción*; la ley positiva le induce de la primera forma, por constricción, con la amenaza del castigo; el amor le induce en el segundo modo, por atracción.

Cada uno, de hecho, es atraído por lo que ama, sin que sufra constricción alguna desde el exterior. Muestra nueces a un niño y verás que salta para tomarlas. ¿Quién le empuja? Nadie; es atraído por el objeto de su deseo. Muestra el Bien a un alma sedienta de verdad y se lanzará hacia él. ¿Quién la empuja? Nadie; es atraída por su deseo. El amor es como un "peso" del alma que atrae hacia el objeto del propio placer, en el que sabe que encuentra el propio descanso [Agostino, *Commento al Vangelo di Gioavanni*, 26, 4-5].

Es en este sentido que el Espíritu Santo (...) crea en el cristiano un dinamismo que le lleva a hacer todo lo que Dios quiere, espontáneamente, sin siquiera tener que pensarlo, porque ha hecho propia la voluntad de Dios y ama todo lo que Dios ama. Podríamos decir que vivir bajo la gracia, gobernados por la ley nueva del Espíritu, es vivir como "enamorados", o sea, transportados por el amor. La misma diferencia que crea, en el ritmo de la vida humana y en la relación entre dos criaturas, el enamoramiento, la crea, en la relación entre el hombre y Dios, la venida del Espíritu Santo".

² Cfr. Isaías 54,13 (nota del traductor)

reconocer a Dios en la persona y en el momento menos esperados, como «el hijo de José». Un escritor inglés, Henri Dawson, ha afirmado justamente que «la fe no es una inquilina cómoda y tranquila dentro de nosotros. Pero las inquietudes del ángel son mil veces más dulces que la calma del bruto».

4. El salto de cualidad al que invitaba Jesús a sus contemporáneos: “el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida”. (Juan 6, 47-48).

- ❖ Los efectos del pan eucarístico: ya en esta vida nos introduce en la vida divina; Dios se comunica con el creyente, lo invade y lo transforma.

- o **Vida eterna no indica pura y sencillamente la supervivencia después de la muerte, esa inmortalidad del alma muy celebrada por la filosofía griega, sobre todo por medio de las elevadas páginas de Platón. En el cuarto evangelio, «vida eterna» es sinónimo de «vida divina».**

Cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Piemme IV edizione settembre 1996, XIX Domenica del tempo Ordinario.

• **pp. 250-251:** El pan bajado del cielo y llevado por el ángel había evitado solamente la muerte temporal de Elías. El «pan vivo bajado del cielo» que nos ofrece ahora Cristo hace que, si alguno lo come «vivirá eternamente». En el evangelio de Juan, la vida eterna no indica pura y sencillamente la supervivencia después de la muerte, esa inmortalidad del alma muy celebrada por la filosofía griega, sobre todo por medio de las elevadas páginas de Platón. En el cuarto evangelio, «vida eterna» es sinónimo de «vida divina»: por medio del pan de vida ofrecido por Cristo el creyente entra en la misma vida de Dios, participa de su ser, Dios se comunica con él, lo invade, lo transforma. Pensemos en la célebre frase de Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2,20). Es la experiencia exaltadora de la gracia y del amor divino derramado en nuestros corazones, es la irrupción de la paz que la eucaristía genera en la vida del fiel tal vez atormentado y angustiado, es la anticipación de la perfecta intimidad y de la alegría plena que tendremos cuando, pasado el umbral de la vida eterna, «estemos siempre con el Señor» (1 Tes 4,17).

Naturalmente, esta declaración de Jesús, aunque se refiere en primer lugar a la vida de la gracia y a la experiencia de la fe, introduce también una lectura diversa de la muerte física. Ésta no es el arribo al abismo de la nada y del silencio, sino el encuentro con la vida sin límites, es el ingreso en el área infinita de Dios. Es un modo nuevo, por tanto, de interpretar y vivir esa fecha que todo llevamos ya impresa en nuestra carne y señalada sobre nuestras frentes.

o La vida divina en el Catecismo de la Iglesia Católica (Resumen)

a) Dios quiere comunicarnos su propia vida para hacer de nosotros hijos adoptivos; quiere hacernos capaces de responderle, de conocerle y amarla más allá de lo que seríamos capaces por nuestras propias fuerzas (n. 52). Toda vida cristiana es comunión con las personas divinas, participación de la vida divina (nn. 259, 249).

b) La participación en la vida divina no nace «de la sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios» (Juan 1, 13). Es dada al hombre por el Espíritu en Cristo. (nn. 505, 760); por el Espíritu participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva (n. 1988).

c) Los cristianos, reconociendo en la fe su nueva dignidad, son llamados a llevar en adelante una «vida digna del Evangelio de Cristo» (Filipenses 1, 27) (n. 1692).

d) Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina si los recibimos con las disposiciones requeridas. (nn. 1131, 1692).

e) n. 787: Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (Cf Marcos 1, 16-20; 3, 13-19); les reveló el Misterio del Reino (Cf Mateo 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (Cf Lucas 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Cf Lucas 22, 28-30). Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre El y los que le sigan: «Permaneced en mí, como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos» (Juan 15, 4-5). Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Juan 6, 56).

5. La vida divina es adhesión a la persona misma de Jesús. No se trata solamente de escuchar una enseñanza o cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino.

- ❖ Cfr. Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, 19: No se trata solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre.

«Ven, y sígueme» (Mt 19, 21)

19. El camino y, a la vez, el contenido de esta perfección consiste en la *sequela Christi*, en el seguimiento de Jesús, después de haber renunciado a los propios bienes y a sí mismos. Precisamente ésta es la conclusión del coloquio de Jesús con el joven: «luego ven, y sígueme» (Mt 19, 21). Es una invitación cuya profundidad maravillosa será entendida plenamente por los discípulos después de la resurrección de Cristo, cuando el Espíritu Santo los guiará hasta la verdad completa (cf. Jn 16, 13).

Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. Hch 6, 1). Por esto, *seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana*: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. Ex 13, 21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. Jn 6, 44).

No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente *discípulo de Dios* (cf. Jn 6, 45). En efecto, Jesús es la luz del mundo, la luz de la vida (cf. Jn 8, 12); es el pastor que guía y alimenta a las ovejas (cf. Jn 10, 11-16), es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6), es aquel que lleva hacia el Padre, de tal manera que verle a él, al Hijo, es ver al Padre (cf. Jn 14, 6-10). Por eso, imitar al Hijo, «imagen de Dios invisible» (Col 1, 15), significa imitar al Padre.

6. El cristianismo es una persona, una presencia, un rostro: Jesús, que da sentido y plenitud a la vida del hombre.

- ❖ Cfr. Discurso de Juan Pablo II a los jóvenes suizos, en el Palacio del Hielo de Berna, el 6 junio 2004

1. «Steh auf! Lève-toi! Alzati! Sto se!» --Levántate-- (Lucas 7, 14). ¡Esta palabra del Señor dirigida al joven de Naím resuena hoy con fuerza en nuestra asamblea y se dirige a vosotros, queridos jóvenes amigos, chicas y chicos católicos de Suiza! (...)

2. El Evangelio de Lucas narra **un encuentro**: por una parte aparece el apesadumbrado cortejo que acompaña al cementerio al joven hijo de una madre viuda; por otra, el grupo festivo de los discípulos que siguen a Jesús y le escuchan. También hoy, queridos jóvenes, es posible formar parte de ese triste cortejo que avanza por la calle del pueblo de Naím. **Esto sucede si os dejáis llevar por** la desesperación, si los espejismos de la sociedad de consumo os seducen y os distraen de la verdadera alegría para devoraros en placeres pasajeros, si la indiferencia y la superficialidad os rodean, si ante el mal y el sufrimiento dudáis de la presencia de Dios y de su amor por cada persona, si buscáis en la deriva de una afectividad desordenada la respuesta a la sed interior de amor verdadero y puro.

Precisamente en estos momentos Cristo se acerca a cada uno de vosotros y, como el muchacho de Naím, dirige la palabra que sacude y despierta: «Levántate». «¡Acepta la invitación que te vuelve a poner de pie!».

No se trata de meras palabras: el mismo Jesús está ante vosotros, el Verbo de Dios hecho carne. Él es la «luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Juan 1, 9), la verdad que nos hace libres (Cf. Juan 14, 6), la vida que nos da en abundancia el Padre (Cf. Juan 10, 10). **El cristianismo no es un simple libro de cultura o una ideología, tampoco es un mero sistema de valores o de principios, por más elevados que sean. El cristianismo es una persona, una presencia, un rostro: Jesús, que da sentido y plenitud a la vida del hombre.**

7. Si falta el encuentro con Cristo no habrá auténtica existencia cristiana, aunque haya devociones y prácticas. La compenetración con Cristo.

❖ Es Cristo que pasa, 134: devociones y prácticas sin compenetración con Cristo

Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida. Una vida cristiana madura, honda y recia, es algo que no se improvisa, porque es el fruto del crecimiento en nosotros de la gracia de Dios. En los *Hechos de los Apóstoles*, se describe la situación de la primitiva comunidad cristiana con una frase breve, pero llena de sentido: *perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles, en la comunicación de la fracción del pan y en la oración*.

Fue así como vivieron aquellos primeros, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, **el encuentro con Cristo** en la Eucaristía, el diálogo personal —la oración sin anonimato— cara a cara con Dios, han de constituir como la substancia última de nuestra conducta. **Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténtica existencia cristiana, porque faltará la compenetración con Cristo**, la participación real y vivida en la obra divina de la salvación.

8. El camino de la fe: es necesaria una gracia de « revelación » que viene del Padre para descubrir el rostro del Señor.

❖ Cfr. Juan Pablo II, Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte, 6 enero 2001.

- **Ciertamente no es fácil creer: véanse los casos de los discípulos de Emaús, del apóstol Tomás ... a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia.**

[19]. « Los discípulos se alegraron de ver al Señor » (*Juan* 20,20). El rostro que los Apóstoles contemplaron después de la resurrección era el mismo de aquel Jesús con quien habían vivido unos tres años, y que ahora los convencía de la verdad asombrosa de su nueva vida mostrándoles « las manos y el costado » (*ibíd.*). Ciertamente no fue fácil creer. Los discípulos de Emaús creyeron sólo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. *Lucas* 24,13-35). El apóstol Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio (cf. *Juan* 20,24-29). En realidad, aunque se viese y se tocase su cuerpo, *sólo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro*. Ésta era una experiencia que los discípulos debían haber hecho ya en la vida histórica de Cristo, con las preguntas que afloraban en su mente cada vez que se sentían interpelados por sus gestos y por sus palabras. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. *Mateo* 16,13-20). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la « gente » que es él, recibiendo como respuesta: « Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas » (*Mt* 16,14). Respuesta elevada, pero distante aún — ¡y cuánto! — de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión religiosa realmente excepcional de este *rabbí* que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los « suyos »: « Y vosotros ¿quién decís que soy yo? » (*Mt* 16,15). Sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: « Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo » (*Mateo* 16,16).

[20]. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: « No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos » (16,17). La expresión « carne y sangre » evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de « revelación » que viene del Padre (cf. *ibíd.*). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo con los discípulos se desarrolló mientras Jesús « estaba orando a solas » (*Lucas* 9,18). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo *la experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: « Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad » (*Juan* 1,14).